

y montones de escombros, desaparecieron bajo las bóvedas de los palacios que alguna vez habitaron los reyes de la tierra. Retirándome de aquel lugar peligroso, encontré varias tribus de Beduinos que mudaban sus tiendas de un lugar á otro. Despues de haber corrido los montes desiertos de la Judea y del Saron, venian á fijarlas quizá sobre las ruinas solitarias de Cesarea. ¡Oh inconstancia de las cosas humanas! Esa familia que salió de otro desierto y atravesó el Jordan, siguiendo el paso lento de sus camellos y de sus asnos, cuando se recueste á la sombra de esas bóvedas ruinosas, ni advertirá siquiera que la mano del hombre colocaba un dia las piedras de sus arcos, levantaba esos templos, castillos y palacios, y tiraba esas calles á cordel. No obstante, los trozos de pórfido que afianzarán los mástiles de sus tiendas y los bellos trozos de mármol que le servirán para atar sus bestias de carga, fueron conducidos con ingente gasto desde las montañas de Egipto ó de las costas de Sicilia. La mano del hombre es poderosa; pero hay uno cuyo soplo levanta, como plumas que arrebatara el viento, los mas imponentes monumentos que alzarán uniendo sus esfuerzos cien generaciones.



CAPÍTULO XIII.

Monte de Garizin. — Ojeada sobre la Samaria. — Estado de sus grandes ciudades. — Sebaste. — Naplusa. — La sociedad bíblica y los Samaritanos. — Monasterio griego y su propaganda. — Punto de contacto entre tres sociedades cismáticas. — Pozo de Jacob. — Sus contornos inmortalizados por el Taso. — Montes de Efrain y de Judea. — Valle del Terebinto. — Santuario del Bautista. — Excursion por el desierto. — La gruta de S. Juan. — Casa de la Visitacion. — Ruinas de un convento. — Fuente de S. Felipe. — Observacion á Volney. — ¿Cómo debemos apreciar las obras de los que escriben prevenidos? — Los Beduinos de Gaza.

Dejo á mi derecha la senda que conduce á la famosa Jope, atravieso los extensos valles del Saron, ningun vestigio encuentro de la ciudad de Antipatro, y me dirijo buscando Samaria, por mas que pierda una parte del camino andado. Los montes de Saron, de Garizin y de Efrain se me presentan desnudos de su ropaje hermoso, y las ciudades que su orgullo fueron en vano buscaria; su polvo lo pisan los camellos, y sobre la tierra donde estuvieron sus cimientos descansan echados la hiena, el lobo y la pantera. Los fértiles valles donde levantaban sus tiendas los patriarcas y sus hijas apacentaban los rebaños, llevándoles á beber á los pozos que abrian sus hermanos; allí donde Jacob compraba frondosos campos que daba al hijo mas querido, no veía mas que alguna cabaña pobre ó las tiendas de los Beduinos que me dibujaban la edad de los patriarcas. Dos testigos ví levantados mientras tanto, y que depondrán eternamente

contra esta tierra desolada: el Hebal y el Garizin, que presenciaron el voto de fidelidad que hicieron á Dios sus habitantes, y escucharon la voz de este, que decía: » Si obedeces á Jehovah, lloverán sobre ti sus bendiciones; pero si quebrantas sus preceptos, su maldicion te arruinará. Serán malditos tus campos y ciudades, malditos tus cosechas y graneros, maldito el fruto de tu vientre, de tu tierra y tus rebaños. Enviará el Señor maldicion sobre tus obras.... Se volverá de bronce el cielo para ti, y de hierro la tierra que pisas; dará el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia, y descenderá del cielo ceniza sobre ti hasta que seas desmenuzado. Caerás delante de tus enemigos; saldrás por un camino contra ellos, huirás por siete, y serás disperso por todos los reinos de la tierra.... Te herirá el Señor con locura, ceguedad y frenesí. Un pueblo que no conoces comerá el fruto de tu tierra. Serás el escarnio y la irrisión de todas las naciones donde el Señor te llevará (1).» La fertilidad de todo este país fué proverbial miéntras Israel se mantuvo fiel, la historia nos conserva de ella recuerdos que durarán siempre; su estado actual nosotros lo miramos, y no es ya la historia sino nuestros propios ojos los que nos demuestran cuán á la letra se cumplió aquella maldicion que conminaba á un pueblo infiel. « Hay hombres que dicen: Ningun milagro sucede en nuestros dias, ni oímos ya levantarse la voz de los profetas en medio de nosotros. Pero han cubierto sus ojos para no ver, y aunque los muertos volviesen á vivir en su presencia misma, tampoco los verian. Los pueblos que resistieron con mayor obstinacion las palabras del Mesías, Coratzain y Cafarnaum, memorables por su incredulidad, los habitantes de Nazareth que se empeñaron en precipitar á Jesucristo, y los de Jerusalem que le hicieron morir pendiente de la cruz, ¿ no son precisamente los que vemos hoy reducidos á la nada? Los que no creyeron á Moises ni á los

(1) Deuteronomio, cap. xviii.

profetas, ménos creerian en profetas nuevos que se empeñasen en despertar su fe (1).» Contemplando las ciudades de Samaria, muchas veces he recordado este pasaje que un ilustrado viajero de nuestros dias escribia entre las ruinas de las desoladas ciudades de Palestina.

El cumplimiento literal de los vaticinios que leemos en la Escritura Santa hablan á nuestra fe un lenguaje tan elocuente como los profetas, y su abatimiento y pavorosa soledad no son ménos concluyentes que los milagros mas esclarecidos. El hombre mas despreocupado, aquel mismo que hace alarde de su falta de fe, no se conmueve ménos que el piadoso cuando ve este cuadro, tanto mas sombrío cuanto mas se contempla. « ¡Ay! ¡ yo corrí esta tierra devastada! ¡ yo visité lugares donde brilló tanto esplendor, y no he visto mas que abandono y soledad! ... ¡ Busqué los antiguos pueblos y sus obras, y no he visto mas que su vestigio, semejante al que el viajero estampa al pasar sobre la arena! ¡ Los templos se arruinaron, los palacios se desplomaron, los puerios se cegaron, las ciudades están destruidas, y la tierra y sus habitantes no son mas que un lugar desierto y de sepulcros (2)! » Volney es quien así habla, y su testimonio para los *espíritus fuertes* es sin duda irreprochable.

Si escribiese yo mi itinerario, no señalaría un paso dado sin acompañarlo de recuerdos que datan de cuarenta siglos, ni contaría travesías sino hechas por campos de patriarcas, y por trazas de pueblos y ciudades que albergaron un dia al Dios que adoraron los profetas. Betulia con los hermosos recuerdos de su hermosa Judith, y Bethel y Jesrahel con su prosperidad y sus desgracias, Jacob volviendo de la Mesopotamia y la tumba de José, ¡ qué cuadros tan interesantes no dibujan en la imaginacion!

Aquella Samaria, orgullo de los soberbios de Efrain, co-

(1) Mislin.

(2) *Ruines*, cap. II, (Volney.)

rona del Someron y corte de los reyes de Israel, está transformada en un pueblo de chozas; y donde un soberano edificó palacios de marfil que excitaban la curiosidad de todos, ni una casa existe que pueda merecer el nombre de tal. Perdida por los Israelitas, y ocupada sucesivamente por los Medos y los Macedonios, cambiado su nombre por el de Sebaste, regada muchas veces con la sangre de sus reyes y de sus príncipes, ocupada y perdida después por los cruzados, deja ver todavía restos de templos y palacios que rivalizaron en grandeza con los de Roma. El sitio del palacio de Heródes ocupa una extensión considerable: sobre él están tiradas columnas soberbias de mármol jaspe, enteras y en pie algunas todavía, las basas de otras que se ven tronchadas, y enormes piedras que pertenecieron al suntuoso edificio en que el altivo monarca quiso dar idea al mundo de su grandeza y poder. No lejos de estas aparecen otras imponentes ruinas; la cruz de Malta, grabada en algunas de las piedras, demuestra que son los restos de un gran templo que los caballeros edificaron á S. Juan sobre el sepulcro que encerró en otro tiempo sus reliquias.

Naplusa dista dos horas de Sebaste y ocupa un sitio al este de Sichen, ciudad memorable en la historia de los Judíos. Los Samaritanos separados de las tribus por el cisma edificaron un templo en la cumbre del monte Garizin, y consagraron sacerdotes para las funciones de los sacrificios. Hasta hoy se conservan algunas familias de los antiguos Samaritanos, ocupando un barrio pobrísimo de la ciudad; y su jefe toma entre ellos el nombre de *sacerdote levita*. La Providencia parece conservarlas entre los esfuerzos que en todo tiempo han hecho sus correligionarios del judaísmo para atraerlas á su comunión, como una prueba más de la veracidad bíblica.

El obispo anglo-prusiano de Jerusalem envió á uno de sus compañeros de propaganda protestante á evangelizar á los Samaritanos de Naplusa en 1847, ó por mejor decir, á com-

prar sus conciencias con dinero, del mismo modo que se negocian las mercancías en el bazar de la ciudad. Las monedas se consumieron, pero los que las habían recibido como precio de su fe no se creyeron ligados á esta sino mientras duraron aquellas. La propaganda concluyó, y ningún protestante existe en Naplusa.

Los Griegos disidentes son los únicos cristianos que allí se conocen, y en un monasterio señalan sus monjes muchas reliquias que exponen á la veneración de sus fieles, aun cuando sean tan inverosímiles y ridículas como las *vasijas* de Caná. Pero nada les arredra cuando se trata de reliquias y santuarios: codiciosos por eso siempre de nuevos adoradores que las visiten, y sean la *f fuente perenne de recursos para su vida*, trabajaron también en la conversión de los Samaritanos. ¡La pobreza abre tantos caminos á las esperanzas del poderoso, que piensa triunfar de todos con el oro!

Pero es singular sin duda ver á unos disidentes entablando misiones para convertir á otros que no lo son menos que ellos. Los creyentes del sacerdocio de Enrique VIII y de su hija Isabel trabajan por convertir á los que consintieron en el de Manases; y los que siguieron el estandarte de la rebelión levantado por un obispo ambicioso de honor y de poder, tocan la conciencia de otros que obedecieron también una voz que sublevó en su provecho diez tribus del reino de Israel. La rebelión, común á todos tres, es un punto de contacto que pudiera servir para unirles algún día.

El pozo de Jacob, cavado en el campo que compró á Hemor aquel patriarca, es en el que habló Jesucristo á la mujer de Sichen; y bien lo manifiestan monumentos de todas las edades que han venido á amontonarse en rededor de sus bordes, para honrar un lugar sagrado y memorable en ambos Testamentos. Jacob, que edifica allí un altar y adora al Dios de sus padres, era bellísima figura de Jesucristo, que erige allí mismo en altar el corazón de cada hombre, declarando « que el Padre busca adoradores que le honren

en espíritu y en verdad. » Este pozo, que los cristianos llamaron desde los primeros siglos *Pozo de la Samaritana*, está al lado derecho del camino y á veinte minutos de Naplusa; su boca es rasa, y no puede percibirse por consiguiente sino acercándose á ella: en otro tiempo fué profundo, como lo significó la mujer replicando al Salvador: « Señor, el pozo es hondo; » mas hoy no lo es tanto, pues está lleno de escombros que le ciegan en parte. Columnas rotas de granito, caídas á su lado, demuestran que hubo alguna capilla ó rico pabellon que lo cubria. Una iglesia y ántes un convento de religiosas aseguran los anales eclesiásticos haber existido allí en el siglo cuarto.

Los alrededores de Naplusa presentan huertos y jardines que muestran bien la fecundidad de aquel suelo. Selvas espesas existieron allí en otro tiempo; el Taso las inmortalizó, colocando en ellas el bosque donde el invencible Tancredo encontró los maderos indispensables para poner en movimiento las máquinas que habian de abrir brecha á los cruzados en los muros de la ciudad santa. Esas selvas hoy no existen, y el terreno parece arrasado, como todo el resto de Palestina. Siguiendo caminos escabrosos y subiendo las montañas de Efrain y de Judá durante muchas horas, mi corazón se sentía bajo la influencia de la opresion que es natural en el que atraviesa sitios que alimentan el dolor, ó ve imágenes que respiran amargura, desolacion y llanto. « Al contemplar aquellos solitarios y estériles parajes, comprendí muy bien por qué los profetas iban á lamentarse á los sitios encumbrados de los montes de Judea. »

El valle del Terebinto adonde descendí al fin, aunque muy angosto, es uno de los que pudieran citarse como muestra de la antigua frondosidad de Palestina. El terebinto es un árbol cuyos ramos se asemejan al laurel; conserva su hermosura en todas las estaciones, y sus bosquecillos embellecen con frecuencia este lugar, que por eso tomó su nombre, tan repetido en la Escritura. Viñas, higueras, nopales y olivares

se unen para animar su paisaje, á quien otra poesía que la natural hacen infinitamente mas grande y mas solemne. Un pastorcillo de Belen que mete en su saco cinco piedras escogidas en la madre del torrente que serpentea al pié de las montañas, y despidiéndolas con su honda, las hinca en la frente del enemigo de la patria, lo derriba y corta luego la cabeza con su propia espada; es poesía mas bella y mas sublime que cuantas pudieron inventar las imaginaciones fecundas de Homero y de Virgilio. Otro niño nacia en el fondo del mismo valle mil años despues que David, y su voz que predicaba á las turbas en el vecino desierto, resonando en los montes de Judea, dejaba oír: « Sabed que ha llegado el Reino de Dios. » La casa de este niño buscaba yo, siguiendo el camino que hizo el Salvador del mundo, cuyo reino anunciaba su santo Precursor. Un bello edificio decorado con las armas del rey de España me anunció ese lugar venturoso, donde dió sus primeros pasos el que venia á enderezar las sendas tortuosas de los hombres. ¡ Ah! los soberbios relieves con que la mano de hábiles artistas ha representado la sucesion de misterios que precedieron al nacimiento de S. Juan, la compendió con admirable laconismo el Evangelista en estas palabras que la dibujan perfectamente: « Era hombre enviado de Dios, y venia para dar testimonio de la luz. » La pequeña casa donde nació, convertida en capilla y cubierta con preciosos mosaicos, deja ver en su centro la siguiente inscripcion al pié de un altar: HIC NATUS EST ILLE QUI PLUS QUAM PROPHETA EST (1). En el templo resuenan coros de voces infantiles que publican los misterios de este lugar cubierto por las bóvedas sagradas: yo ví desfilar por las naves doce niños vestidos de ropa talar mas blanca que la nieve.... « ¿Qué hacen? ¿adónde van? » me preguntaba. La voz de Bossuet venia á responderme: « ¡Son el candor y la pureza los únicos que deben publicar

(1) Aquí nació aquel que es mas que profeta.

la inocencia del Bautista ! » Descendiendo á la cueva de su nacimiento, y postrados aquellos inocentes delante del altar, cantaban con suave melodía :

Ut queant laxis resonare fibris,
Mira gestorum famuli tuorum,
Solve polluti labii reatum,
Sancte Joannes.

Muchas lámparas que arden constantemente, los soberbios relieves hechos en mármol, las bellas pinturas del célebre Rivera, el canto de los niños y las armoniosas variaciones del órgano, dan á la capilla subterránea del Bautista un aspecto misterioso y solemne al mismo tiempo. El convento de S. Juan está situado en medio de un pequeño pueblo, que los Árabes llaman *Ain-Karin*.

Siguiendo una legua mas por el valle del Terebinto, subí una colina escarpada, y entré en la cueva donde pasó su niñez el Precursor, ocupado en prepararse para el alto ministerio de anunciar la venida del Hijo de Dios. Tiene la gruta la misma forma que una pequeña celda, y mide de diez á doce piés de largo y seis de ancho. Yo habia hecho venir conmigo todos los niños de coro de la iglesia de S. Juan, los que, mientras celebraba, hicieron resonar el desierto cantando el *Antra deserti...* Todo él habia resonado ántes con el eco inspirado de otra voz que salia de aquella gruta, y decia á la muchedumbre que la rodeaba : *Preparad los caminos del Señor*. Esta cueva no tiene hoy adorno de ninguna especie, pero sí conserva trazas de variaciones que le imprimió la mano del hombre. Á un lado de la colina se ven las ruinas de un templo y de un monasterio, cuyos monjes darian probablemente á la gruta del Bautista la forma que hoy presenta.

Bajando de la colina, á dos millas de distancia se ven otras grandes ruinas de un convento de mujeres; la tradicion coloca en este sitio la visita hecha por María, Madre de

Jesus, á su prima Isabel, que lo fué del Precursor. Un lugar tan venerando se encuentra en completo abandono; se miran los desplomados muros del templo, queda aun una pieza baja que parece haber servido de sacristía, pero nadie habita allí, donde un día voces inspiradas entonaban cánticos sublimes que ahora son el honor del cristianismo. Una vez cada año los sacerdotes de S. Juan vienen á celebrar el oficio de la Visitacion entre los escombros de esos edificios devastados por la barbarie. Yo los hice resonar tambien con las voces inocentes de los niños, que entonaron el *Magnificat*, cantado allí por primera vez; y en presencia de aquellos montes silenciosos ofrecí al Padre el sacrificio de su Hijo.

Atravesando las montañas de Judea, me dirigí al camino que va de Jerusalem á Gaza; para llegar á él desde el convento de S. Juan, la senda es malísima, sigue ya por estrechos desfiladeros, y ya por olivares que crecen en las sinuosidades de los cerros. Despues de marchar una legua, llegué en fin á la fuente de S. Felipe, objeto que me proponia visitar. Al lado derecho del camino, viniendo de Gaza, se ve esta, que la tradicion asegura ser la misma que indica el capítulo VIII de los *Hechos de los Apóstoles* al referir el bautismo administrado por el diácono Felipe al tesorero de la reina de Etiopia. « El Ángel de Dios, leemos en la Biblia, dijo á Felipe : Levántate y marcha al Mediodía por el camino que descende de Jerusalem á Gaza. Levantándose Felipe fué. Y hé aquí un grande de la corte de Candace, reina de los Etiopes, y superintendente de sus tesoros, que habia venido para adorar en Jerusalem, y se volvia sentado sobre su carro leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo á Felipe : Acércate á ese carro; y llegándose Felipe, oyó lo que leía, y le dijo : ¿Entiendes acaso lo que lees? ¿Cómo puedo entenderlo, respondió el Etíope, si no hay quien me lo explique? Y rogó á Felipe que subiese y se sentase con él. El lugar de la Escritura que leía era este : *Como oveja fué*

llevado al matadero, y como cordero mudo delante del que le trasquila; así él no abrió su boca. En su abatimiento su juicio fué exaltado. ¿Su generacion quién la contará? ¿por qué quitada será su vida en la tierra? Ruégote me digas de quién habla aquí el profeta: ¿acaso de sí mismo ó de algun otro? preguntó el Etíope. Y abriendo Felipe su boca, dando principio por esta Escritura le anunció á Jesus. Siguiendo el mismo camino, llegaron á un lugar donde habia agua, y dijo á Felipe el Etíope: Hé aquí agua, ¿quién impide que yo sea bautizado? — Nadie, si crees de todo corazon. — Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Mandando parar el carro descendieron los dos al agua, y bautizó Felipe al tesorero. El Espíritu de Dios arrebató á Felipe, y el Etíope siguió gozoso su camino. » Consecuentes los católicos con la antiquísima tradicion, adornaron esta fuente con diferentes relieves de mármol que aun subsisten.

Volney, visitando la Palestina y buscando en toda ella argumentos contra la veracidad bíblica, dice que corrió el camino que descende de Jerusalem á Gaza, y que abierto al traves de montañas pedregosas, de peñascos y de rocas, ningun vestigio ofrece que pueda haber sido carril en otro tiempo. La consecuencia era muy lógica, el valido de la reina Candace sentado con Felipe sobre un coche que rodaba por ese camino, era una solemne impostura. Yo atravesé el mismo camino, y puedo asegurar que no solo fué carril, sino que hoy tambien podría de nuevo serlo fácilmente. — Que fué carril bien lo demuestra la senda, que conserva una posicion igual, no obstante que se encuentra abierta entre montañas que la cruzan con frecuencia. Lo demuestran las canteras de mármol que se trabajaron desde el tiempo de los Judíos inmediatas á la fuente, y se continuaron trabajando muchos siglos despues. Si Volney hubiese hecho investigaciones concienzudas, comparando los grandes trozos de mármol que se ven tirados en Naplusa y Cesarea, restos de palacios reales, con los que existen aun cerca de aquella can-

tera, los habria encontrado perfectamente iguales, é iguales tambien todos con los que fueron conducidos despues de esta misma para decorar otros lugares santos de Jerusalem y de Belen. No se pudo hacer esta operacion sino por medio de carros que necesitaron camino para rodar; ni los camellos, ni los asnos pueden arrastrar, ni ménos cargar sobre sus espaldas esos trozos colosales que vemos ya esparcidos entre ruinas, ó ya decorando suntuosas iglesias edificadas durante el siglo cuarto en Palestina. Conociendo esto, la razon basta para demostrar que no pudo suceder de otra manera. Hoy mismo podría volver á ser carril ese camino con un poco de trabajo y de dinero; los peñascos y las rocas que tan grandes parecieron á Volney, son derrumbes que precipitaron los aluviones y los terremotos en quince siglos, durante los cuales nadie fué á repararlos, ni á romper siquiera las piedras que rodaban de los cerros. Pero el viajero á quien poco há acabamos de oír, deplorando la trasformacion que por todas partes ofrece la Palestina, queria ver conservados en su primitivo estado sus caminos. Contradiccion propia de hombres que forman juicio ántes de examinar, y avanzan el fallo al conocimiento de las razones en que deben apoyarlo.

¿Cómo debemos apreciar los escritos de hombres en quienes se notan estos tristes efectos de la pasion? La sana razon y el buen criterio responderán acertadamente á cada uno; yo solo observaré que Volney incurre en otras contradicciones semejantes, y que bien demuestran su juicio prevenido de antemano sobre los objetos que visitaba. « Yo no consultaré jamas escritos de hombres apasionados, ni iré á buscar luces en obras de quienes no tuvieron las suficientes para conocer preocupaciones que impiden llegar á la verdad, » ha dicho un escritor que los liberales de Francia veneran hoy como uno de sus oráculos.

Mientras pensaba yo en Volney, sentado cerca del borde de la fuente, algunos Beduinos pensaban en mí, y juntos

184 EL CATOLICISMO EN PRESENCIA DE SUS DISIDENTES.

llegaron cinco á pedirme un *bakchis*. Nadie habia por allí que pudiera evitar cualquiera intencion torcida de estos, el país es desierto completamente, y yo procurando complacerlos, saqué el dinero que llevaba, y se lo distribuí sin dilacion. Uno de ellos tuvo la exquisita cortesía de tomarme el bolsillo de la mano, para observar si quedaba algo en él, devolviéndomelo en seguida.

